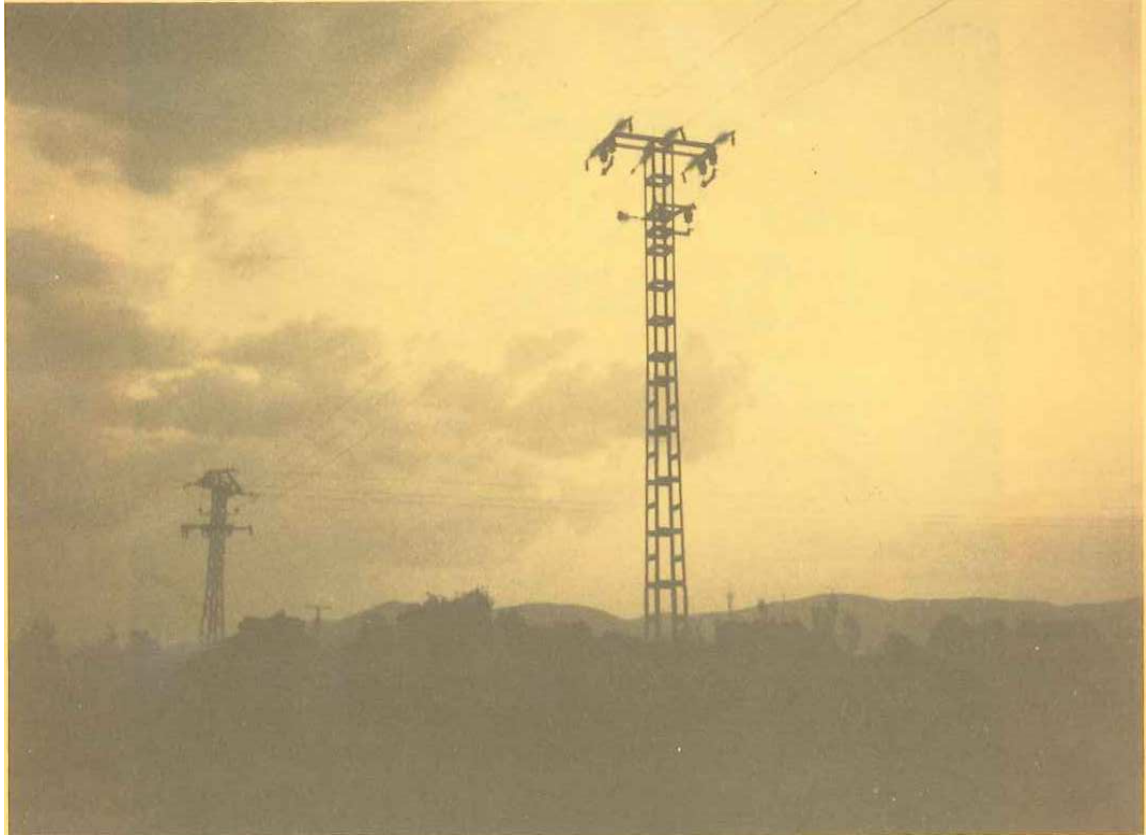


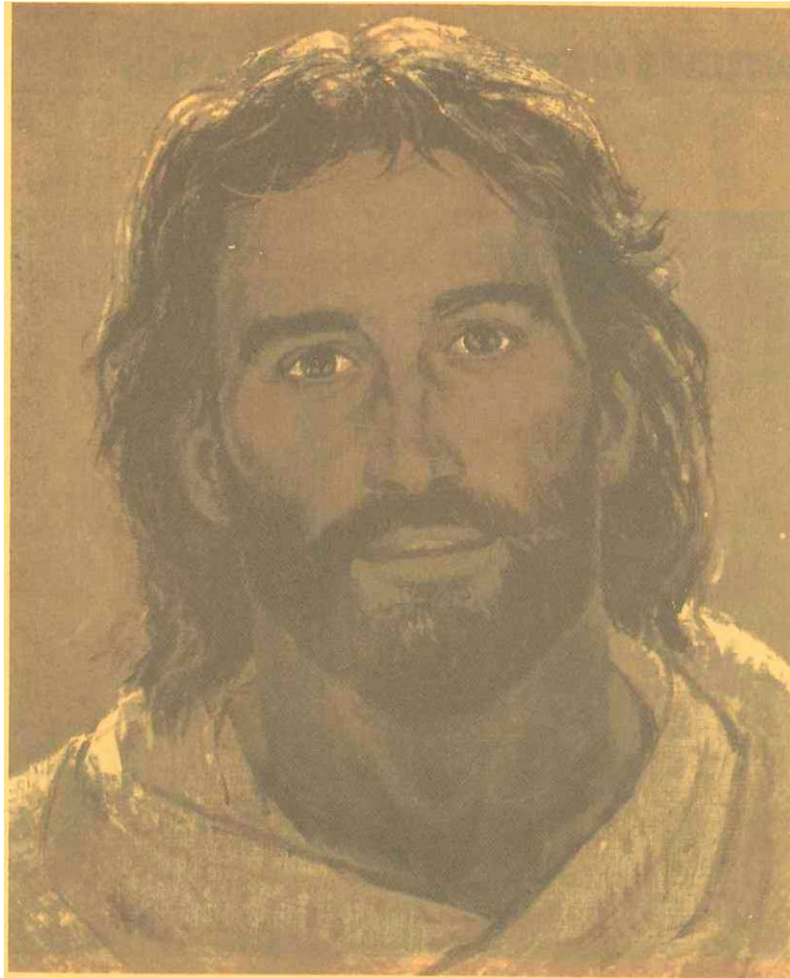
JUVENTUDES MARIANAS VICENCIANAS



TEMA 2

EL ACOMPAÑAMIENTO ESPIRITUAL

Corpus Delgado, cm.



Necesitamos acompañantes-acompañados,
personas con experiencia de haber sido
acompañados y que quieran acompañar; Ninguna
ciencia tan segura como la propia
experiencia. Estudia con gozo este Tema y lo
confrontarás.

El acompañamiento espiritual

1. El acompañamiento espiritual: del descuido a la esperanza

Constatamos hoy con esperanza el interés creciente por el acompañamiento espiritual persona a persona.

Durante varios años, esta dimensión de la vida del creyente ha estado *descuidada* y hasta ha sido vista con desconfianza:

— Fue desapareciendo la figura del «director espiritual» prácticamente de todos los Colegios y de los Movimientos y Asociaciones.

— Se insistió, casi unilateralmente, en el grupo (grupo de catequesis, grupo de reflexión, grupo de intercambio) y se trasladaron al grupo las tareas del acompañamiento personal.

— Los propios «acompañantes» no se sentían bien en este servicio: falta de tiempo...; algunas tareas parecen más propias de los psicólogos...; estamos «desfasados» y no tenemos la preparación adecuada...

— Los jóvenes veían con desconfianza este servicio de los adultos en la Fe:

- por su búsqueda de la propia autonomía, independencia, intimidad;
- por la disminución de la práctica religiosa de los jóvenes y el consiguiente descenso en el nivel de formación cristiana;
- porque la animación pastoral había estado casi siempre ligada al Sacramento de la Penitencia.

Afortunadamente hoy se percibe un *aprecio y valoración* del acompañamiento espiritual individualizado. Y es que no parece posible el encuentro con Cristo sin la experiencia del encuentro persona a persona, con alguien.

Toda la *historia de la salvación* nos muestra el encuentro de Dios con los hombres y con su pueblo por medio de otros hombres: primero Moisés, luego Josué y los jueces, David, los profetas...

Jesús reúne a sus discípulos y los *acompaña* en el proceso de maduración de su Fe: los conoce, acepta la realidad de cada uno, aprecia sus esfuerzos. Y eso que el grupo de sus discípulos era realmente difícil. Entre sus discípulos hay diferencias de edad (Juan y Pedro), de temperamento, de procedencia, de ideología (públicano, celóte...). Pero Jesús sabe dialogar, como muestra la escena de los discípulos que iban de camino hacia Emaús (*Lc 24*).

Jesús invita a *seguirle* y a entrar en su grupo de referencia para estar con El (*Me 3, 13-14*), para escuchar su Palabra y dejarse acompañar por El recorriendo su mismo camino.

Los apóstoles practicaron desde el principio, junto con la predicación, el acompañamiento: «Me he hecho débil con los débiles para ganar a los débiles. Me he hecho todo a todos para salvar a toda costa a algunos» (*ICor 9, 22*).

Al propio Saulo, recién convertido, le ordena Cristo que se presente a Ananías para conocer lo que tiene que hacer (*Hech 9, 6-19*).

En todos los tiempos, la Iglesia engendra a los creyentes para la fe y el bautismo. Esta misma Iglesia tiene el derecho y el deber

de llevar a la madurez la nueva vida iniciada en el bautismo por la educación, por el testimonio y por el conjunto de los ministerios o servicios.

Después de haber escuchado y acogido el primer anuncio o Kerigma, el cristiano necesita ser instruido en el mensaje recibido y acompañado en las circunstancias concretas en las que le toca vivir su Fe.

2. ¿Es necesario el acompañamiento espiritual todavía?

■ Ya en el libro del Eclesiástico encontramos la recomendación de utilizar el consejo, la comprensión y la ayuda de un hombre piadoso para observar más fácilmente los mandamientos de Dios (*Eclo 37, 12-13*). Esta misma sugerencia aparece en otros pueblos y culturas de cara a obtener la verdadera sabiduría de la vida.

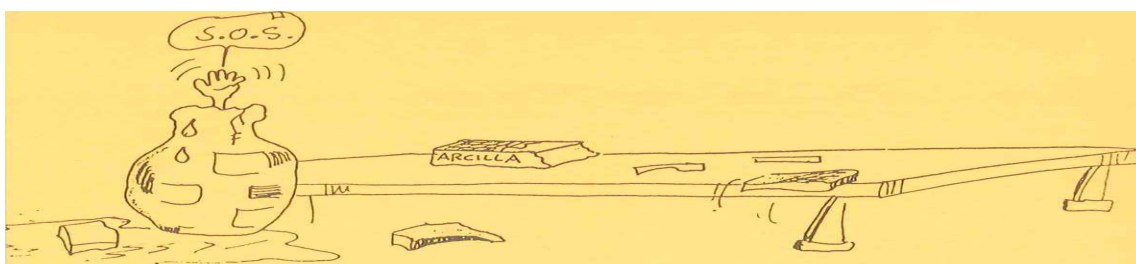
■ Cada persona es una individualidad irrepetible. El diálogo personal permite la confrontación, la aplicación concreta. Sin este diálogo personal, podríamos llegar a consecuencias muy negativas para los jóvenes de hoy:

- La tendencia a refugiarse en el grupo para no tener que demostrar el propio valor personal ni asumir responsabilidades personales;
- la inmadurez afectiva prolongada,
- el horror a la soledad y la pérdida de la dimensión de interiorización y personalización.

■ En la teología y en la pastoral ha sido plenamente asumida la afirmación que hiciera Karl Rahner: «El cristiano del mañana será un místico o no será cristiano». Es decir, la fe y la vida cristiana ha de reposar en la *experiencia*, no en el apoyo sociológico.

■ La vida cristiana es *camino*, proceso de crecimiento y de maduración en seguimiento de Jesucristo. Ser cristiano no consiste en aprender una serie de teorías, sino en seguir a Jesucristo y reproducir su experiencia. «Lo que desde el principio hemos oído, lo que hemos visto con nuestros ojos, lo que hemos contemplado... os lo anunciamos a vosotros» (*IJn 1, 1-3*).

El joven de JMV es un cristiano que ha iniciado en serio su Proceso de maduración en la Fe, su catecumenado. Este camino lo recorre *acompañado* por la comunidad y *acompañado personalmente* por un testigo, un adulto en la Fe, que le ayuda a concretar las exigencias de la Palabra de Dios para su vida concreta y particular.



■ La Iglesia aprecia mucho el acompañamiento espiritual personalizado. No ha dejado de recomendarlo a lo largo de la historia para quienes desean avanzar en la experiencia de Dios. Pablo VI, en la exhortación *Evangelii Nuntiandi*, manifiesta explícitamente su aprecio a todos los que «a través del diálogo pastoral se muestran dispuestos a guiar a las personas por los caminos del Evangelio, a confirmarlas en sus esfuerzos, a levantarlas si están caídas, a atenderlas siempre con discernimiento y disponibilidad (EN, 46).

3. Espacios diversos para el acompañamiento espiritual

J. Aubry, a partir de la experiencia de la historia, señala tres formas o tres espacios para el acompañamiento espiritual:

a) Acompañamiento espiritual ocasional

Es el que tiene lugar con motivo de un encuentro, una convivencia, unos Ejercicios Espirituales, una celebración... Estos acontecimientos son *ocasiones propicias* para la experiencia de Dios. El joven se siente particularmente «tocado» y desea abrir su corazón y sentirse escuchado y acompañado.

Todo adulto en la Fe que se manifiesta abierto y atento a los jóvenes puede prestar una valiosa ayuda de acompañamiento en estas o parecidas circunstancias.

b) Acompañamiento espiritual continuado en la vida ordinaria

Es el prototipo de acompañamiento espiritual. No responde sólo a una circunstancia favorable o a un problema urgente, sino que brota de la confianza plena y del convencimiento de la necesidad de ser acompañado en la vida del espíritu.

El encuentro continuado y regular con el acompañamiento, le ayuda al joven a conocerse mejor a sí mismo, a orientarse mejor en el camino de seguimiento de Jesucristo, a animarse, a crecer espiritualmente.

c) Acompañamiento espiritual intenso en los momentos clave de la vida

Los ritmos de la persona no son uniformes en el espacio de toda su vida; hay momentos de especial densidad o de dificultad extraordinaria. En esos momentos clave es preciso contar con un acompañante espiritual capacitado.

Estos momentos clave pueden ser los momentos de *crisis fuerte* relacionada con la maduración personal y de la Fe.

Estos momentos clave son, sobre todo, los momentos en que el joven se plantea su *vocación*: qué quiere Dios que haga con mi vida, cuál es su proyecto, de qué manera le puedo ser enteramente fiel...

Pues to que la vocación comporta una elección de vida, no basta la

lectura o la reflexión, necesitamos también la confrontación con otra persona que va por delante en la misma experiencia de vida.

4. Tareas del acompañante espiritual

a) Ser testigo

El acompañante espiritual es testigo de una rica tradición de la que él es un eslabón. El acompañante espiritual es la persona encargada de introducir al joven en esa tradición viva.

El acompañante espiritual es testigo de la acción de Dios en las personas y en los acontecimientos y en la historia.

El acompañante espiritual inicia en la vida de oración al joven; le inicia en el sentido de los sacramentos y en el cultivo de la conciencia moral.

El acompañante espiritual es también testigo del sentido último de la vida y de la creación a la luz de la Palabra de Dios.

b) Ser acompañante

Ha dicho Raguin: «No puedo comparar mejor el acompañamiento espiritual que al compañero de ruta... Lo que hace de él un maestro espiritual no es que hable de una manera magistral o misteriosa, sino que sabe. Conoce ese camino, y muchos otros aun. Por dondequiera que pasamos parece que él haya ya pasado».

Ser acompañante supone estar convencido de que es el Espíritu Santo quien conduce a los creyentes. El acompañante espiritual en ningún momento pretende sustituir al Espíritu Santo.

El acompañante espiritual ayuda al joven a encontrar la concreta voluntad de Dios sobre su persona: su vocación personal, la orientación fundamental que dé sentido a toda su vida.

El acompañante espiritual ayuda a objetivar o verificar la experiencia del joven en cada momento de su caminar. Puede existir el riesgo de que el joven se ciegue de tal manera con la experiencia que está viviendo en el momento, que le resulte imposible ver la continuación del camino o, incluso, ver por encima de su propia experiencia.

El acompañamiento espiritual inicia al joven en el arte del discernimiento, que consiste, según J. Stierli, «en el conocimiento e interpretación de las diferentes inclinaciones naturales y sobrenaturales, de las nociones y estados del alma, y en la dirección del comportamiento humano que de ellas depende». El acompañante espiritual no debe apagar el Espíritu, pero ha de ayudar al joven para que no se deje llevar por cualquier espíritu.

5. Cualidades del acompañante espiritual

- El acompañante espiritual ha de ser una persona espiritual. Lo importante es vivir primero aquello que se quiere transmitir. El acompañante espiritual debe estar en contacto con Jesús y con el Espíritu.
- El acompañante espiritual debe estar dispuesto a no querer conducir a todos por su mismo camino. Su propia experiencia le permitirá animar al joven, pero no puede pretender que el joven recorra la misma experiencia.
- El acompañante espiritual ha de proceder con prudencia, fruto de la experiencia adquirida y de su apertura de espíritu.
- El acompañante espiritual ha de proceder con rectitud de corazón, con pureza de alma.
- El acompañante espiritual ha de creer en el joven y, sobre todo, en el trabajo de la gracia.
- El acompañante espiritual ha de revestirse de paciencia y amor. Dice M. Orta Gotor que estas actitudes «permitirán actuar de forma discreta sin que el otro pueda sentirse nunca herido; no comprometerán, con una prisa inconveniente que quiere ver resultados inmediatos, la acción divina que es lenta».
- El acompañante espiritual ha de poseer también una grandeza de alma que le ayude a pasar por encima de susceptibilidades, celos o deseos de acaparar.
- El acompañante espiritual ha de actuar con gran humildad, desasimiento y desinterés.
- El acompañante espiritual se dejará ayudar por los recientes aportes de la psicología y de las ciencias humanas. El acompañante espiritual tratará de ser, ante todo, un hombre de Dios que da testimonio a los jóvenes de lo vivido y los inicia a una tradición espiritual. En definitiva, «un hombre de Dios que me abre a su misterio».

6. La formación del acompañante espiritual

Siguiendo a M. Orta Gotor, podríamos sugerir los siguientes caminos de formación para el acompañante espiritual de los jóvenes:

a) El acompañante espiritual acompañado

Si creemos que el encuentro persona a persona en el acompañamiento espiritual es verdaderamente algo válido y queremos con él ayudar a los jóvenes, tenemos que experimentarlo primero nosotros. «Hay que hacer la experiencia de abrirse a otro a niveles de profundidad y aceptando valientemente la confrontación de nuestra vida durante un cierto tiempo antes de aspirar a ser receptores de las confidencias ajenas».

b) Ejercitarnos

En el diálogo, en la escucha, en la comprensión de lo que los demás nos comunican, en el respeto... Estas actitudes podemos ir las adquiriendo en la conversación en el propio grupo o en el diálogo espontáneo de cada día con las personas con las que nos encontramos. Si cultivamos estas actitudes iremos predisponiéndonos para una relación propia de acompañamiento espiritual.

c) La lectura

El acompañante espiritual «necesita por medio de la lectura adquirir y mantener al día una serie de conocimientos, y ello no sólo con una finalidad práctica de emplear esos conocimientos sino para a través de ese medio llegar también al desarrollo óptimo de su propia personalidad. Por tanto, se trata en primer lugar de lecturas muy especializadas, sino de forjarse una buena síntesis cultural, adquirir una visión clara y amplia del mundo, y estar al corriente de los temas de actualidad. Tras esto ya pueden venir aquellas más especializadas de Teología Moral y Espiritual, de Escritura, de Psicología, Sociología o Pedagogía».

d) La práctica

El acompañamiento espiritual sólo llega a aprenderse en la práctica; una práctica que debe ser confrontada con el diálogo que mantiene el acompañante del joven con quien le acompaña a su vez; una práctica en la que no es conveniente avanzar sino hasta donde el acompañante se siente preparado para llegar, siendo capaz de sugerir a otro acompañante cuando crea que él no puede ayudar más el joven.

